

LA DIMENSIÓN PSICOLÓGICA DEL QUIJOTE EN EL REGENERACIONISMO DE FIN DE SIGLO

JORGE CASTRO TEJERINA

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen

La interpretación del Quijote desde parámetros y objetivos psicológicos ha sido algo habitual en la cultura académica española desde principios del siglo XX. En este trabajo planteamos la tesis de que los aspectos básicos de ese escenario se prepararon en el seno de la corriente regeneracionista de fin de siglo. Su preocupación por el Quijote como metáfora de la identidad nacional se inscribió dentro de los planteamientos etnopsicológicos típicos de la época. En ese sentido, el Quijote se convierte en un lugar privilegiado para el diálogo de los reformistas españoles con las psicologías de los pueblos decimonónicas, muy particularmente en sus vertientes caracteriológica y culturalista. Nuestro análisis de estas cuestiones implicará redefinir los parámetros historiográficos habitualmente empleados para analizar la psicología oficial y caminar hacia una idea más amplia de "cultura psicológica".

Palabras clave: Quijote, quijotismo, Crisis del 98, regeneracionismo, carácter español, psicología nacional, *Völkerpsychologie*, psicología cultural, nacionalismo.

Abstract

The interpretation of the Quijote by means of psychological parameters and targets has been commonplace in Spanish academic culture since the beginning of the 20th century. In this work it is stated the thesis that the basic aspects of such scenario were outlined within the regeneracionista trend at the end of 19th century. These author's concerns on Quixote (i.e. Alonso Quijano) as the metaphor of national identity was stated within the ethnopsychological context typical of that epoch. In this sense, the Quixote will turn into a privileged place to observe and approach the debate between Spanish reformism and 19th century *Völkerpsychologie*, particularly their characteriological and culturalist sides. Hence our analysis implies the redefinition of historiographical parameters usually employed to analyze official psychology, towards a wider idea of 'psychological culture'.

Key words: Quixote, quixotism, Crisis of 1898, Regenerationism, Spanish character, National psychology, *Völkerpsychologie*, cultural psychology, nationalism.

En un lugar de la historia de la psicología española...

Las relaciones entre el *Quijote* y el pensamiento científico y filosófico español han sido muy estrechas desde la aparición de la obra cumbre de la literatura española. Ya a principios del siglo XX, la tradición psicológica española también reivindicó una relación especial con la obra maestra de Cervantes. El camino se abrió con los análisis intertextuales realizados por Federico de Castro y Rafael Salillas a propósito de los evidentes préstamos que Cervantes tomó del *Examen de Ingenios* de Huarte a la hora de diseñar el perfil psicológico y caracteriológico de sus personajes (véase Iriarte, 1948). Al margen de reivindicaciones historiográficas, hubo otras direcciones en las que se exploró y actualizó la conexión entre las ideas psicológicas y el quijotismo. Las más importantes habría que detectarlas tras los análisis etnopsicológicos implicados en el diálogo de Unamuno y Ortega a propósito del *Quijote* -ulteriormente proyectadas sobre toda la Generación del 98 y la escuela orteguiana-; las aproximaciones psicopatológicas presentes en los ensayos de Royo Villanova, Cajal, Lafora, Rof Carballo, etc.; y las ideas psichistóricas que salpican la obra de Marañón, López Ibor, Pinillos, etc. a propósito de los personajes de la obra cervantina.

En este trabajo partimos de la idea de que la articulación del quijotismo como espacio de reflexión y disquisición psicológica estuvo ligada, en alguna medida, al desarrollo del género regeneracionista durante el último tercio del siglo XIX. Curiosamente, entre la gran cantidad de trabajos que han tratado la cuestión del regeneracionismo aprovechando el centenario del desastre (véase, por ejemplo, Fox, 1997; Varela, 1999; Comellas, 2002) sólo uno, el de Ciriaco Morón (1998), se detiene en la cuestión del quijotismo. De forma acertada a nuestro entender, Morón no sólo se preocupa de este asunto sino que además lo liga a una sensibilidad etnopsicológica que presidiría todo el discurso regeneracionista. En su seno, el *Quijote* se convierte en una eficaz metáfora del carácter nacional.

Aunque como bien ha detectado Onaindía (2002) la conexión del carácter español y los rasgos del *Quijote* era ya habitual a finales del siglo XVIII, el regeneracionismo finisecular representado por Valentí Almirall, Lucas Mallada, Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno o Ricardo Macías Picavea popularizó y apuntaló definitivamente la asociación. Creemos, en cualquier caso, que el proceso de configuración quijotesca de la mentalidad española a través del género ofrece una serie de dimensiones psicológicas que, hasta el momento, o bien no han sido detectadas o bien no han merecido un adecuado tratamiento. En ese sentido, proponemos que las apariciones del personaje cervantino en los textos del regeneracionismo pueden ser empleadas como una puerta trasera para acceder a otra forma de entender el pasado de la propia psicología española.

Con la psicología hemos topado

La reclamación que autores como Almirall o Mallada hacen del quijotismo como rasgo caracteriológico del español es uno de los síntomas de una articulación esencialmente "psicológica" del "Problema de España" y, con él, de la propia vertebración del estado-nación en el fin de siglo. En este extremo también hace hincapié Morón (1998), pero perdiendo de vista la compleja interacción de motivos que condicionan el emplazamiento de la psicología en ese lugar estratégico. Es una cuestión que no podemos tratar aquí en amplitud, pero que básicamente tiene que ver con su formalización disciplinar a lo largo del siglo XIX. A grandes rasgos, se puede establecer que en el proceso de refiguración *epistémica* en el que estarían inmersas todas las ciencias decimonónicas (véase a este respecto Foucault, 1999) las categorías psicológicas ganan para sí un lugar que media entre el espiritualismo de la metafísica idealista y el materialismo de las Ciencias positivas. Investida con la calidad científica de estas últimas pero sin renunciar al libre albedrío proclamada por las primeras, la psicología adquirirá credibilidad y legalidad como disciplina especializada en la administración teórica y práctica de la subjetividad moderna (véase Elias, 1993; Danzinger, 1990); y esto tanto en su vertiente individual como colectiva. De ahí su poder retórico y conminatorio que, en la época, impregna el propio ámbito de decisión política.

El regeneracionismo español, contrariado por la oligarquía oficializada por la Restauración canovista y deseoso de levantar un estado-nación liberal a semejanza del resto de países europeos, no es ajeno a las virtudes políticas que emanaban esa psicologización de la realidad social. Así, para el historiador Rafael Altamira *"El estudio, pues, de ese problema [la psicología nacional], la posesión de todos sus elementos bien depurados y ponderados es de absoluta necesidad, como base de todo juicio verdadero; y si interesa científicamente al psicólogo e historiador, y sentimentalmente al patriota, constituye un deber primordial para el hombre de gobierno"* (Altamira, 1902/1997; p. 135). También el periodista Luis Morote es muy elocuente a este respecto: *"Olvidan los gobiernos más de lo que es menester las condiciones étnicas del pueblo español. Éstas son las que hemos de estudiar (...)"* (Morote, 1900; p. 118). La relación necesaria entre el análisis del problema español y el discurso psico-sociológico es todavía más clara cuando Damián Isern se pregunta retóricamente si: *"¿ (...) acaso sería posible comprender bien todo lo que se ha escrito y ha de escribirse todavía sobre el desastre nacional, sin determinar la parte que el espíritu público, en cuanto existe, y la opinión pública, en cuanto se actúa, han tenido en él? Con razón dijo Lazarus que la vida social puede ser descrita por la historia, pero sólo puede ser explicada por la psicología. (...)"* (Isern, 1899; pp. 160-161).

Como ya se intuye en la referencia directa de Isern a Lazarus, especialmente relevante para la tarea nacionalizadora de los regeneracionistas

tuvo que resultar uno de los territorios disciplinares que la propia psicológica había decantado desde mediados del siglo XIX para el tratamiento de los fenómenos colectivos. Nos referimos a la psicología de los pueblos en la doble versión que advirtió el propio Wundt (1926); la caracteriológica -representada por la escuela positivista francesa de Taine (1863/1964) o Le Bon (1895/1912) y más sensible a los aspectos raciales y psicofisiológicos- y la voluntarista -sistemizada en el ámbito germano por Lazarus y Steinthal (1860) y Wundt (1900-1920, 1926) y especialmente atenta a los productos culturales-. Ciertamente, los reformistas españoles recurrieron eventualmente a autores e ideas extractadas del seno de estas tradiciones psico-sociológicas, aunque siempre supeditándolas sus intereses eminentemente domésticos y prácticos. Sin duda, esta dinámica desdibujó las prioridades teoréticas y disciplinares ofrecidas por las psicologías de los pueblos originarias. En cualquier caso, los sistemas que éstas articulaban presentaban, por sí solos, importantes fallas disciplinares que, además, no pasaron desapercibidas a los propios estudiosos de la psicología de la época. Como bien resumía a ese respecto una obra de principios del siglo XX: "*Así como la primera parte [asimilable a la culturalista] plantearía leyes generales que sirvieran para todos los pueblos en la segunda [asimilable a la caracteriológica] trataría de caracterizar los pueblos individuales como formas realizadas de estas leyes. Sobre ninguno de estos dos puntos, nuestros conocimientos son bastantes precisos para que se pueda considerar la Psicología de los pueblos como científicamente constituida, ni siquiera, quizá, como en posesión de una idea perfectamente clara de su objeto, de sus límites y de su método*" (Malapert, 1908; p. 91).

En realidad, la psicología de los pueblos fue el territorio preparado por la disciplina desde los primeros momentos de su constitución e institucionalización¹, consciente de que la estructura motivacional del fenómeno humano transcendía los hallazgos realizados entre las cuatro paredes del laboratorio (véase Danzinger, 1990). Ocurre que el encuentro con la cultura desbordó, inevitablemente, su propia aspiración disciplinar, las garantías epistemológicas mínimas para preservar su legalidad y unidad como espacio cerrado o específico de saber. Así, si la psicología disciplinada impregnaba la cultura de la modernidad decimonónica, no es menos cierto que esta última establecía las condiciones de posibilidad de su ejercicio. Por tanto, al enfrentarse al fenómeno colectivo, la psicología oficial penetra en otros contextos de sentido y actividad sociocultural —y no sólo disciplinares, como la lingüística, la sociología, la antropología, la etología, el derecho o la filosofía, sino también políticos, artísticos, laborales, etc.— que obligan a negociar las antropologías psicológicas dispuestas; o, lo que es lo mismo, las teorías del sujeto ejercidas.

¹ A decir de Jahoda (1995), la primera cátedra universitaria de la historia en la que aparece explícitamente el término psicología es la que consigue Lazarus en 1860 para impartir la *Völkerpsychologie*.

En ese sentido, el uso del discurso psicológico en los textos del regeneracionismo está sujeto a las condiciones del proceso de construcción o invención en el que, literalmente, se ve envuelta la propia cultura nacional española a finales del siglo XIX (para estas cuestiones puede verse Fox, 1997; Wulff, 2003). Desde esta perspectiva, la articulación de una identidad colectiva o, en palabras de Anderson (1983) "comunidad imaginada", implica el empleo de lugares comunes, populares y reconocibles por el interlocutor que se pretende persuadir. La estrategia conminatoria supone inventar o, más bien, reinventar tradiciones (véase Hobsbawm, 2002) y, con ellas, arquetipos ampliamente instalados en el imaginario colectivo. Estos elementos eran capaces de multiplicar el autorreconocimiento y las adhesiones y de movilizar la empresa colectiva en una dirección determinada. Evidentemente, nada más ajustado a esa función que determinadas figuras históricas o literarias como el propio Quijote. El clásico poder conminatorio del mito y la metáfora ofrece, por tanto, el marco para el ejercicio y divulgación del saber científico y moderno; en el caso del regeneracionismo, los supuestos entresijos psicológicos de la identidad española. Así las cosas, los regeneracionistas no dudaron en interpretar la cultura nacional en términos psico-sociológicos, pero tampoco en retraducir éstos a los esquemas motivacionales más habituales del imaginario colectivo.

Habladme, Sancho, de la belleza de Dulcinea

Tras todo lo comentado, a nadie puede extrañar los paralelismos constantes que pueden detectarse, incluso en ausencia de referencias y transacciones explícitas, entre la argumentación nacionalista del regeneracionismo y los supuestos de las psicologías de los pueblos decimonónicas. Éstas últimas habían destacado el papel de los productos culturales y, específicamente, el arte, a la hora de revelar los entresijos de la psicología colectiva. Así, para Taine, prospectando las artes: "(...) *hallaremos que todas expresan un carácter profundo y permanente y que su categoría artística es tanto más elevada cuanto más permanente y profundo es aquel carácter. Son resúmenes que presentan el espíritu bajo una forma sensible, ya los rasgos principales de un periodo histórico, ya los instintos y facultades primordiales de una raza, ya algunos fragmentos del hombre universal y esas fuerzas psíquicas universales que son la razón última de los acontecimientos humanos*" (Taine, 1865-69/1922; p. 45).

Opiniones muy semejantes fueron expresadas por Ganivet (1897/1996) o Unamuno (1895/1996), quienes veían en las obras artísticas la expresión más sintética y depurada del espíritu nacional, por encima incluso de las intenciones de autor o el contexto histórico particular. Sea como fuere, parece que la idea encaja especialmente bien en el caso del regeneracionismo si tenemos en cuenta que, con mayor o menor pesar, todos los autores reconocían que en el arte se encontraban las aportaciones más relevantes del pueblo español a la humanidad.

Con raras excepciones como la de Maeztu (1899/1997), el esquema se adapta, además, a la lógica romántica. Así, la mayor parte de los regeneracionistas apreciarán mucho más el arte y el folklore popular, supuestamente imbuido de autenticidad o, en palabras de Unamuno (1895/1996), "intrahistoria", obviando o descartando la estética academicista e ilustrada de las clases acomodadas, supuestamente amanerada y formalista. Quizá por ello los regeneracionistas no se detuvieron demasiado en las artes más complejas y especializadas desde el punto de vista técnico, caso de la arquitectura, la escultura o la música², prefiriendo cargar las tintas de sus análisis en los ámbitos poético, dramático y narrativo. Ciertamente, en las propuestas etnopsicológicas de autores como Fouillée (1902/1943), Wundt (1900-1920) o Guyau (1906) la literatura aparecía efectivamente entre los productos estéticos más indicados para explorar la madurez y peculiaridad de la mentalidad de un pueblo o sociedad.

Tal idea preside también las reflexiones regeneracionistas que, a pesar de sopesar el genio pictórico español³, terminan por dirigir el grueso de sus análisis

² Ya desde el primer texto regeneracionista, *España tal como es* de Almirall (1889/1983), los intelectuales españoles muestran cierta sorpresa cuando tratan de identificar las artes más representativas del genio nacional. Almirall, concretamente, señalaba que a pesar de una evidente predisposición popular innata, la música no estaba entre las más importantes. Únicamente la música sacra y algunos cantos populares merecían una mínima consideración estética. Para él, sólo la escultura y la pintura podían contarse entre las disciplinas de primer orden y con capacidad para formar una escuela nacional. En una línea semejante, el resto de regeneracionistas no prestaron mayor atención a la música ni a las artes plásticas.

³ Aquí hay que inscribir la saliencia de figuras como Murillo, señalado por Isern (1900); Goya, mencionado por Almirall (1889/1883) y Ganivet (1897/1996); Ribera y Zurbarán, apuntados por Unamuno (1895/1996); y, sobre todo, Velázquez, destacado por Almirall, Ganivet, Unamuno e Isern. Algunos regeneracionistas como Ganivet subrayaron el genio peculiar que reflejaba la obra de esos pintores, un impulso creador independiente de la técnica o, incluso, ignorante de ella. La hipótesis cuadraba a la perfección con el poco interés que el nacionalismo etnopsicológico de los regeneracionistas mostraba hacia los parámetros academicistas. De hecho, cuando Unamuno se preocupa por rastrear más detenidamente los entresijos técnicos de la pintura española termina detectando una tendencia a representar figuras y formas con límites precisos y definidos; es decir, una técnica que cuadraba a la perfección con su idea de lo que era la conciencia española. En esa misma línea, al autor vasco le llamaba mucho la atención 'as escasas dotes de los creadores españoles para componer y desarrollar pintura paisajista; precisamente, el mismo género en el que destacaba la sublimidad y la profundidad del carácter del germano y anglosajón. En cualquier caso, Mallada (1890/1994) discrepaba de esa opinión al plantear que el paisajismo, junto con el misticismo, eran dos de los valores por los que más destacaba la pintura española. Lo cierto es que la peculiaridad o el individualismo, destacado por Ganivet, la técnica figurativa, apuntada por Unamuno, y el misticismo, señalado por Mallada, fueron los rasgos más comunes a toda la nómina de pintores ofrecida. Los regeneracionistas compusieron con ellos el genio pictórico español y, de paso, retrataron con precisión tres de los pilares más importantes del

a la literatura. Sin duda, en esa decisión pesaron cuestiones tan diversas como el lugar de privilegio ocupado por las letras españolas en el panorama internacional, la versatilidad representacional y densidad expresiva de la literatura a la hora de delinear perfiles psicológicos e identitarios, sus posibilidades de circulación y difusión social –gracias, según las épocas, a la transmisión oral, la popularidad del teatro clásico o la producción editorial masiva– y, en definitiva, el hecho de ser un arte fácilmente accesible a las clases populares, además de gozar del gusto de los creadores más cercanos a éstas. Ajustados a esos parámetros, Almirall (1889/1983), Mallada (1890/1994), Unamuno (1895/1996) o Ganivet (1897/1996) enumeraban entre la literatura intrahistórica el romancero, las leyendas, la poesía popular –particularmente la andaluza–, las coplas castellanas, las romanzas catalanas o las farsas líricas. A estas creaciones populares se añadían los clásicos de la literatura española, muy particularmente a las obras del Siglo de Oro. Recurrentes en los textos regeneracionistas son Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, Tirso de Molina, Fernando de Rojas, Lope de Vega, y, sobre todo, Calderón y Cervantes.

En realidad, la focalización de las exégesis etnopsicológicas del regeneracionismo en estas obras trasciende la excelencia, relevancia o técnica estética de los literatos enumerados. Lo más importante es que todas ellas se escriben en torno a los años en que se inicia la monarquía de los Austrias; es decir, el momento histórico que la mayor parte de los regeneracionistas identifican con el origen de la decadencia nacional, el olvido de la tradición auténtica que había alcanzado su cenit durante el reinado de los Reyes Católicos y, consecuentemente, la degeneración del carácter y la psicología española. Así, amén de la omnipresencia performativa que juega el Cid en la obra de Costa⁴, las

propio carácter nacional. Eso sí, no deja de llamar la atención que, enfangados en la técnica pictórica, los regeneracionistas apenas presten atención a los tipos humanos retratados en los cuadros. Era en esos aspectos donde cabría haber esperado que los pensadores finiseculares buscaran, a la manera *fisionómica*, constantes identitarias del carácter español. Sólo Almirall atendió marginalmente a esta cuestión, señalando cómo Goya y Velázquez habían pintado un arquetipo español, guerrillero-conspirador provinciano, fanfarrón y pagado de sí mismo. En él se retrataba a la perfección la constante inestabilidad política que, remontándose a tiempos remotos, persistía en el final del siglo XIX.

⁴ Costa oponía la versión militarista y pendenciera del Cid del romance a la diplomática y republicana del supuesto Cid histórico. Éste último aparecía como "(...) *expresión sintética de la nación en la unidad de todos los elementos sociales que la componía, como una resultante de todas las energías que han actuado en la dinámica de nuestra historia, podemos servirnos de él como un criterio positivo, como de una regla práctica, y aprender de sus labios la ley de nuestro pasado y, consiguientemente, la hora de conducta que debemos observar en el presente. Si fuera lícito aplicar a las cosas antiguas nombres nuevos, diría que la figura del Cid representa todo un programa político, y que su vida es una lucha incesante por llevar ese programa a la realidad (...)* Este programa fue la obra de cuatro siglos, como la figura misma

obras del Siglo de Oro ofrecerán los arquetipos fundamentales del "Problema de España"; aquellos personajes de ficción en los que se muestra a la perfección cómo vicios históricos o accidentales –los del "austracismo" en palabras de Macías Picavea (1899/1992)– pueden empañar virtudes eternas –las del pueblo intrahistórico, según Unamuno (1895/1996)–. Ejemplares cruciales de esa encrucijada psichistórica pueden detectarse en la hidalguía descamisada, aventurera y corrupta de Don Juan –señalada por Almirall– y el casticismo voluntarista e individualista del Segismundo de *La vida es sueño* –advertido por Unamuno y Ganivet–. Sin embargo, Don Quijote será el personaje literario en el que convergerán la mayor parte de los regeneracionistas a la hora de modelizar, en toda su complejidad, el perfil etnopsicológico del pueblo español.

Frestones y Clavileños: quebrantos psicopatológicos de Don Quijote

A la hora de establecer los parámetros y usos puntuales del quijotismo en los textos regeneracionistas, parece pertinente retomar el paralelismo que venimos planteando con las psicologías de los pueblos; aquí, particularmente, en lo tocante a la distinción entre (1) una tradición de corte más caracteriológica o temperamental y (2) otra más atenta a la mentalidad y los productos colectivos.

(1) Sin duda, el término "quijotismo" aparece espolvoreado en muchos textos del regeneracionismo con múltiples intenciones argumentales. Sus usos estrictamente caracteriológicos son, sin embargo, tempranos y, de hecho, se engranan en las obras que inauguran el género; particularmente *España tal como es* de Valentí Almirall (1889/1983) y *Los males de la Patria* de Lucas Mallada (1890/1994). Se trata de lecturas que, todavía participando de la marejada positivista de los primeros años de la Restauración (ver a este respecto Núñez, 1987), establecen una lectura más racial y caracteriológica de la identidad española. Desde esas perspectivas, los usos del quijotismo remitirán especialmente a las hipertrofías idealistas de la nación, como el exceso de orgullo, individualismo, gusto aventurero y, sobre todo, fantasía; rasgo, este último, que llevó a Mallada a opinar que "*Para todas las clases sociales existe entre nosotros un defecto que me permitirá expresar con una sola palabra: la fantasía. La patria de Don Quijote es un país de soñadores; por lo mismo que aquí se sueña tanto hay necesidad de dormir mucho, y sin embriagarnos con opio, como los chinos, estamos viendo visiones y en ilusión perpetua, sin despertar de nuestra modorra. Sin duda alguna nos consideramos*

de su mantenedor, el Cid: hace ochocientos años que principio a delinearlo nuestro pueblo, y todavía dista mucho de haber perdido su actualidad" (Costa, 1901/1981; pp. 265-266).

felices con nuestra somnolencia... volveré a la palabra, con nuestra fantasía." (Mallada, 1890/1994; p. 40).

Con la fantasía a la cabeza, los rasgos comentados serán considerados responsables del militarismo y el resto de anomalías políticas, sociales, y morales españolas. Esta imagen negativa del quijotismo será reactualizada pocos años más tarde por otros de los regeneracionistas más cercanos a los supuestos del positivismo y el liberalismo, caso de Maeztu (1899) o Macías Picavea (1899/1992). En la aportación de este último al género, el "quijotismo" llega a identificarse con la herencia teutónica que, con la estabilización en el poder de los monarcas austriacos, había perturbado fatalmente el verdadero carácter nacional. Y así desde el siglo XVII se había producido "(...) *la pérdida, en fin, de nuestra conciencia nacional, y castiza, evolucionada en los tiempos clásicos, árabes y renacientes, y la insana conservación de la gloria y honor quijotesco, morbosa degeneración traída por el extranjerismo tudesco*" (Macías Picavea, 1899/1992; p. 236).

Sin duda, con Macías Picavea se hace completamente visible una paradoja interpretativa por la que las sensibilidades más positivistas y liberales tienden a desplazar al arquetipo más habitual del español, el caballero de la triste figura, del auténtico núcleo etnopsicológico del colectivo nacional. Por supuesto, ésta no es la única perspectiva del regeneracionismo. Ganivet (1897/1996), precisamente otro de los regeneracionistas más tempranos, reivindica como definitorios de lo verdaderamente español muchos de los rasgos quijotesco impugnados por los autores anteriores; muy particularmente en lo tocante a la independencia y el talante conquistador. Es claro que tal concepción está en la línea de la facción conservadora, idealista y antipositivista que representa Ganivet dentro de regeneracionismo. Sin embargo, las impugnaciones a la propuesta de Macías y los primeros positivistas no sólo derivan de ese compromiso. Dentro del propio marco positivista y liberal podría contarse también la impugnación tácita de Rafael Salillas. El criminólogo español recurrirá en numerosas ocasiones a la obra cervantina –aunque bien es verdad que en ninguna de ellas a los rasgos o comportamientos del viejo hidalgo– no ya sólo para rastrear los orígenes psichistóricos de la mentalidad truhanesca, sino para reivindicarla como incardinada en la propia nacionalidad (Salillas, 1896, 1898).

Ahora bien, más allá de posturas encontradas, no fueron pocos los argumentos sensibles a las contradicciones inherentes al quijotismo; planteamientos que, en ocasiones, apostaron por soluciones disociativas recurriendo a las posibilidades ofrecidas por la propia obra cervantina. La estrategia más evidente en este sentido suponía inscribir en Sancho Panza los atributos negativos reservando implícitamente cierta simpatía para el idealismo de Don Quijote. Así, Costa (1901/1981) no dudó en imputar

Tabla 1. Caracterización psicopatológica.

		ARQUETIPOS NACIONALES		
			Quijote	Sancho
ESTRUCTURA IDENTITARIA	Virtudes	Psicología del pueblo	Idealismo	Realismo
	Vicios	Psicopatología del pueblo	Fantasia	Materialismo

un talante mercantilista a Sancho que, incluso, lo acercaba al utilitarismo y egoísmo atribuido al espíritu británico. Una acusación semejante también se entreveía en Ganivet (1897/1996) o en algún párrafo marginal de Unamuno (1895/1996) e Isern (1899) con lo que el escudero manchego se convertía en el depositario del único rasgo pernicioso de la tradición española.

Aparentemente, lejos de resolver la paradoja quijotesca, este tipo de exégesis la enturbiaba más. No daba respuesta a los conflictos planteados por las hipertrofias idealistas del quijotismo, además de sembrar la incertidumbre en relación con el valor que había que atribuir al materialismo o realismo de Sancho Panza y su posible inscripción en el núcleo etnopsicológico de la identidad española. Sin embargo, al introducir explícitamente la oposición entre el Quijote y Sancho, estos autores también dejaban entrever perfectamente la complejidad de todas las dimensiones sobre las que los regeneracionistas estaban intentando perfilar y gestionar el "Problema de España". Como ya debe resultar evidente a estas alturas, ese complicado escenario abocaba a los regeneracionistas a formular no sólo una psicología del pueblo español, sino también una psicopatología o, en palabras de Macías Picavea (1899/1992) "patografía". La Tabla 1 ordena, a grandes rasgos, las alternativas de la caracterización resultante.

En algún caso, superar las contradicciones a las que podía abocar ese interregno supuso trascender el mero determinismo caracteriológico e idear dinámicas psicológicas más amplias, complejas, flexibles e integradoras en relación con la dicotomía Quijote-Sancho. Seguramente, no es casualidad que éstas vinieran de la mano de los dos autores que publicaron sus obras en el ecuador de la década de los 90, el momento en que las posiciones positivistas ya acusan claramente el embate finisecular de los vitalismos. Así, dentro de la nueva sensibilidad tienen cabida los argumentos psichistóricos de Ganivet (1897/1996) cuando plantea que los dos protagonistas de la obra cervantina podrían haber sido un solo hombre, el tipo ideal de español, de no

haber acontecido el episodio ruptural de la Reconquista. Fue sin embargo, Unamuno quien ofreció el marco psicológico más complejo al señalar que *"Lleva el núcleo castizo de nuestra cultura un fuerte sentimiento de individualidad, un sentido sancho-pancino de las realidades concretas y de la distinción entre lo sensible y lo inteligible, de los hechos intuidos, no inducidos, y un quijotesco anhelo a ciencia final y absoluta, que si no acaba grandes cosas, muere por acometellas. Nuestro quijotismo, impaciente por lo final y absoluto, sería fecundísimo en la corriente del relativismo; nuestro sancho pancismo opondría acaso un dique al análisis que, destruyendo los hechos, sólo su polvo nos deja."* (Unamuno, 1902/1896; p. 148).

Tanto Ganivet como Unamuno están planteando con pesar la conjunción de una psicología colectiva perfecta que, en realidad, nunca había llegado a ser. De hecho, enfocada a través de la perspectiva psicopatológica, la mentalidad colectiva retratada a través de los dos personajes principales de la obra cervantina sólo ofrecía dos polos extremos. El resultado era una caracterización esquizofrénica que se ajustaba a la perfección a la falta de nimbo sintetizador que Unamuno atribuía a la conciencia casticista. Por un lado, el materialismo antiespeculativo y antiutopista del sanchopancismo parecía reflejar un realismo contextual, un intelecto meramente didáctico y un estrecho sentido común; rasgos que llegan a su extremo en el ingenio y la abulia picaresca que Macías (1899/1992) o Salillas (1896, 1898) había detectado en la misma matriz psichistórica del Siglo de Oro. Por otro lado, la fantasía hipertrofiada del Quijote aludía a un idealismo convencional y memorístico y a una voluntad irracional y empírica; atributos que, también paralelamente, preñaban el orgullo casticista y la vitalidad desenfrenada inscrita por Macías o Salillas en el siglo XVII.

En definitiva, tener en cuenta los rasgos "sanchopancinos" e incorporar los junto a los quijotescos en una misma instancia psicológica permitió tanto preservar la españolidad del arquetipo literario ofrecido por Cervantes, como formular la potencialidad positiva de la síntesis identitaria. En cualquier caso, aceptando la virtualidad de ésta, las tintas se cargaron sobre las desarticulaciones entre unos y otros rasgos y, consecuentemente, la inexistencia, hasta el momento, de una verdadera armonía en la mente española. En realidad, la insistencia del regeneracionismo en preservar y promover la caracterización degenerativa no es independiente del escenario socio-político en que cobra pleno sentido. Hablaremos de él más adelante, pero antes trataremos aquellos argumentos regeneracionistas que pueden ponerse en relación con la segunda tradición de la psicología de los pueblos; la relativa a los productos culturales.

(2) El segundo paralelismo del regeneracionismo con las psicologías de los pueblos también conecta con el interés de ofrecer una interpretación

quijotesca de la mentalidad española, aunque su contexto conminatorio rebasa, sin duda, el de la legalidad científica de la disciplina. Particularmente, remite a la estrategia discursiva que emplea la narración como instrumento analítico, reflexivo y, al tiempo, máximamente persuasivo. Al contrario de lo que podría parecer, aceptar la calidad psicológica de ese tipo de estrategias no exige una apelación a los actuales planteamientos narratológicos de Roy Schafer (1981), Donald Spence (1984), Theodore Sarbin (1986) o Jerome Bruner (1998). Ya en la época, Lazarus y Steinthal (1860) o Wundt (1900-1920, 1926) son muy conscientes de que los mitos y los cuentos suponen espacios psicoestéticos donde la comunidad reconoce sus tramas y motivos identitarios; aspectos que conforman las vías de comunión y actuación de los sujetos inmersos en la colectividad⁵. En ese sentido, al menos tres autores, Almirall, Ganivet o Unamuno, propusieron relecturas del Quijote poniendo perfectamente en juego las bases narratológicas advertidas por la *Völkerpsychologie* de la época. En algún caso, mostraron, incluso, destellos de la sensibilidad metapsicológica que guiaban la empresa de los académicos germanos. Es lo que ocurre con la reflexión de Ganivet cuando señala que “*Todos los pueblos tienen un tipo real o imaginado en quien encarnan sus propias cualidades; en todas las literaturas encontraremos una obra maestra en la que ese hombre típico figura entrar en acción, ponerse en contacto con la sociedad de su tiempo y atravesar una larga serie de pruebas donde se aquilataría el temple de su espíritu, que es el espíritu propio de su raza*” (Ganivet, 1897; p. 150–151).

En la perspectiva de Ganivet, el Ulises griego, condensación de virtudes arias y semitas, se convertía en un modelo para todos los pueblos occidentales. Según el peso de unas u otras cualidades, se transmutaba, ya con rasgos específicos, en el Dante teólogo de la Divina comedia, para el caso italiano; el Fausto filósofo, para el caso alemán; o en el Robinson Crusoe de los anglosajones. Por supuesto, para Ganivet y, tácita o explícitamente, para la mayor parte de los regeneracionistas, el *tipo imaginado* u *hombre típico* del caso español no es otro que *El Quijote*.

Los usos narratológicos del modelo oscilarán entre la ilustración de aspectos puntuales del “Problema de España” a partir de episodios particulares

⁵ En realidad, el desarrollo de la psicología de los pueblos wundtiana es inmediatamente posterior, desde el punto de vista cronológico, al regeneracionismo de fin de siglo. En cualquier caso, Wundt había abordado y adelantado planteamientos psico-sociológicos en su *Ética* y, por supuesto, la cuestión de los mitos y la literatura es tema de varios artículos de la *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft* que fue creada y dirigida por Lazarus y Steinthal durante la segunda mitad del siglo XIX. Tampoco conviene olvidar que, desde mediados del siglo XIX, mitos y cuentos eran objeto de estudio habitual en las dos disciplinas fronterizas de la psicología de los pueblos; a saber, la *etnografía* y la *filología*.

Tabla 2. Estructura narrativa y motivos identitarios.

		ESTRUCTURA NARRATIVA		
		Edad de Oro	Caída	Muerte o Redención
MOTIVOS IDENTITARIOS	Quijote	Supuesta juventud exitosa -aventurera o hacendosa-	Locura y aventuras por la lectura de libros de caballería	Muerte de A. Quijano Salud mental de A. Quijano
	Pueblo español	Culminación de pasado glorioso hasta el reinado de los Reyes Católicos	Decadencia imperial y estancamiento en la ensoñación de la grandeza pasada	Decadencia nacional hasta desintegración Regeneración por el estudio y el trabajo

de la novela y la condensación de todo el espíritu o la historia nacional en el periplo del viejo hidalgo. Ejemplos de lo primero aparecen en Macías cuando ilustra el fracaso de algún ingenuo arribista aspirante a político con *"la triste figura de Don Quijote, molido y derribado por las gigantes aspas del molino, con gran algarazaba y burla del avisado público"* y al canovismo –el gran antagonista del regeneracionismo– con *"el gigante, irritado, [que mueve sus fuerzas] aplastantes, y pulveriza en efecto al osado (...)"* (Macías, 1899/1992; p. 180). Macías también comparó la lucidez mostrada por Don Quijote en el momento de su fallecimiento con la decisión de algunos emigrados liberales de principios de siglo de no retornar y naturalizarse en los países extranjeros. Unamuno recuperó igualmente esa agónica lucidez, aunque, como veremos, con intenciones hermenéuticas de más amplio alcance. También en un sentido positivo, cabe reseñar la oposición apuntada por Ganivet entre la justicia vulgar de los códigos y tribunales, que estaría representada por Sancho, y la justicia ideal y, al tiempo, compasiva del alma española, representada por el Quijote. Concretamente, en el episodio en que el viejo hidalgo libera a los galeotes, Ganivet quiso entrever la máxima de que *"no hay derecho estricto a castigar a un culpable mientras otros se escapan por las rendijas de la ley"* (Ganivet, 1897/1996; p. 79)

El segundo uso narrativo del Quijote es mucho más complejo. En él las tramas y motivos fundamentales de la novela cervantina son reinventados o reescritos para transformar el peregrinaje del viejo hidalgo en el devenir de la propia España. El esquema que sigue resume los elementos básicos de la

estructura y temas a través de los cuáles el regeneracionismo cierra la identidad entre el Quijote y el pueblo español.

La Edad de Oro recogida en la Tabla 2 representa el extremo nostálgico de la identidad colectiva, un momento que los regeneracionistas vinculaban muy particularmente con el reinado de los Reyes Católicos. En realidad, en los textos no se encuentran motivos quijotescos conectados con tal periodo. Sólo Almirall (1889/1983) los emplea ambiguamente para colegir la remota juventud aventurera de los castellanos; aquella población que ahora dirigía penosamente España y que *"Dilapidó todo su vigor, toda la savia de su juventud en aventuras ruidosas; se batió contra todo lo que pudo hallar en su camino como el héroe de Cervantes, sin pensar nunca en sacar otro provecho de su victoria que no fuera la satisfacción caballeresca"* (Almirall, 1889/1983; p. 171).

La etapa correspondiente a la Caída cierra la identidad entre el patetismo del Quijote y los orígenes históricos de la degeneración nacional. Aquí puede ubicarse ejemplarmente el detallado y lapidario paralelismo que Macías establece entre la España de Carlos II y el caballero de la triste figura. La denuncia antiaustracista de Macías se abre haciendo concurrir al: *"(...) genio [que] embalsamó aquel cadáver, y le conservó para la eternidad en pirámide de arte incomparable, puesto en espectáculo a la admiración, lástima, risa y pavor de las gentes. Era Don Quijote, que hace reír al mundo (y a mi llorar siempre lágrimas de sangre), seco el cerebro, ida la mollera, la piel sobre los huesos, las tripas en hábito de vacío, el corazón grande y generoso, y aquella generosidad y grandeza a servicio perpetuo de acciones imposibles o de tranpantojos que no le importan, disparatada lucha, de la que sale, a la fuerza, lastimeramente malrotado y en ridículo, trashumando su tragicomedia a caballo sobre la imagen del hambre, compañero de imbécil malicioso, en medio de un mundo rufianero, encanallado y frailuno, y a través de los campos largos, vacíos, interminables de la miseria. ¡Imagen asombrosa de la España inespañola y germanizada...!"* (Macías, 1899/1992, p. 235). A ella quizá cabría oponer una vez más la imagen idealizada de Ganivet, donde el Quijote español *"Para poder moverse tiene que liberarse de preocupaciones materiales, descargándolas sobre un escudero; así camina completamente desembarazado, y su acción en una inacabable creación, un prodigio humano, en el que se idealiza todo cuanto idealmente se concibe"* (Ganivet, 1897/1996; p. 151).

Por último, aparece la controvertida interpretación de la etapa final de muerte o redención. Especialmente pesimista para con ella se muestran Macías, Almirall y, en ocasiones, Unamuno. El primero recurre a la imagen del *"(...) pobre Rocinante, que maltrecho yacía en tierra junto a su amo, el misero Don Quijote molido a coces y palos"* (Macías, 1899/1992; p. 216) para descalificar

las infulas reformistas que los liberales coetáneos habían puesto en marcha con idénticos —y fracasados— resultados que Austrias y Borbones. Almirall, por su parte, contemplará un pueblo viejo, castizo, decrepito y empeñado en conservar los rasgos brillantes del caballero andante. Llevando hasta sus últimas consecuencias el paralelismo identitario, Almirall considerará que ese pueblo, "(...) *no es sino el héroe de la Triste figura, vencido y agotado, que regresa a la soledad de su aldea para esperar, indiferente, la llegada de la muerte, ya que la vida perdió para él todo su aliciente desde que no puede dedicarse a las Hazañas caballerescas.*" (Almirall, 1889/1983; p. 171). Unamuno tiene opiniones muy parecidas cuando asimila quijotismo a casticismo. Pero su lectura general es mucho más sutil y cercana a la alternativa redentora. Reeditando las diatribas caracteriológicas, el futuro autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho* salva hábilmente la esquizofrenia identitaria al establecer un desdoblamiento entre el desquiciado Quijote, condensador del pernicioso casticismo histórico, y la lucidez agónica del hacendoso Alonso Quijano, representación de las potencias eternas y universalistas del verdadero pueblo. Así, Unamuno considerará que Cervantes "(...) *en el sublime final de su Don Quijote señala a nuestra España, a la de hoy, el camino de su regeneración en Alonso Quijano el Bueno; a ése pertenece, porque de puro español llegó a una como renuncia de su españolismo, llegó al espíritu universal, al hombre que duerme dentro de todos nosotros*" (Unamuno, 1895/1996; p. 61). Hay, en cualquier caso, cierta ambigüedad en la muerte redentora descrita por Unamuno, ya que, al alcanzar la claridad mental, Alonso Quijano pierde también los atributos específicos de su españolidad. Tendremos que profundizar en el simbolismo de esta alegoría.

Bálsamos de fierabrás para la agonía lúcida de Alonso Quijano

Sin duda, la perspectiva narratológica que acabamos de exponer revela mucho mejor que la caracteriológica los vericuetos de la teoría de la identidad nacional que los regeneracionistas trataban de articular bajo el auspicio disciplinar y científico de la psicología. A ese respecto, la caracteriología quijotesca permitió acordar un perfil identitario de lo español, pero las discrepancias en su evaluación y valoración refleja la persistencia de desencuentros teóricos e ideológicos de base. Precisamente, el uso narratológico del personaje cervantino es el que mejor revela el combate identitario que los regeneracionistas tratan de librar entre las empresas históricas del imperio español, ya periclitado, y las demandas del mundo moderno, afrontadas con éxito por la mayor parte de las naciones occidentales. Ubicadas en ese interregno, las claves psicológicas manejadas en torno al Quijote se ponen al

servicio de, al menos, dos puntales socio-políticos de la agenda reformista: (1) la demarcación de la verdadera identidad nacional y (2) la elección de sus administradores más adecuados.

(1) El primero de esos puntos toma especial relevancia en relación con el contexto internacional. La lectura positiva del idealismo quijotista supone una contrafigura del materialismo de los anglosajones. En realidad, se trata de un intento no sólo de construir colectivo por contraidentificación, sino también de preservar ante el escenario internacional algún tipo de índice de calidad identitaria. Al servicio de este objetivo, el Quijote se convertía en portador de ideales generosos y universales que, en pleno retroceso colonial frente al resto de potencias occidentales, contrastaba con el supuesto egoísmo utilitarista de los pueblos anglosajones. Así Ganivet no dudará en proclamar que *"Si buscamos fuera de España un Ulises moderno, no hallaremos ninguno que supere al Ulises anglosajón (...). Robinson (...) es un Ulises natural, pero muy rebajadote talla (...); es ingenioso solamente para luchar con la naturaleza; es capaz de reconstruir una civilización material; es un hombre que aspira al mando, al gobierno <<exterior>> de otros hombres; pero su alma carece de expresión y no sabe entenderse con otras almas. Sancho Panza, después de aprender a leer y escribir, podría ser Robinson; y Robinson, en caso de apuro, aplazaría su aire de superioridad y se avendría a ser escudero de Don Quijote"* (Ganivet 1897/1996; p. 151). En el fondo, se trataba de la misma operación que hasta liberales como Altamira (1902/1997) desplegaban a la hora de exaltar de los valores eternos transportados por la imaginación estética y, por ende, el arte iletrado e intuitivo del pueblo español. Éste no sólo condensaba la resistencia a todo tipo de invasiones extranjeras y, con ella, una idea rudimentaria y abstracta de patria. Además, su supuesto valor moral o espiritual permitía rebasar la asumida esterilidad del carácter español en materia científica y tecnológica; precisamente los dominios atribuidos en propiedad al temperamento anglosajón y, en no pocas ocasiones, despreciados como índice de la mera lucha por la supervivencia o de un progreso acotado a lo material y utilitario.

Complementariamente, cuando los regeneracionistas realizan una lectura negativa del quijotismo están denunciando las aventuras militaristas y conquistadoras del pasado y su efecto anacrónico y persistente en la imaginación colectiva. Unamuno lo señaló claramente al afirmar que: *"Aún persiste el viejo espíritu militante ordenancista, sólo que hoy es la vida de nuestro pueblo vida de guerra en cuartel o la de Don Quijote retirado con el ama y la sobrina y con la vieja biblioteca tapiada por encantamiento del sabio Frestón"* (Unamuno, 1895/1996; p. 154). A ese respecto, la mayor parte de los regeneracionistas apuntaban, no sin ingenuidad, la ineficacia del militarismo en una escena internacional supuestamente fiada al derecho, el mercado o el pacifismo cosmopolita. Precisamente, este tipo de ideas apuntaló propuestas antiqijotescas como las de Unamuno y

Almirall; planteamientos que daban una nueva vuelta de tuerca a la demarcación y renovación identitaria. El primero hablaba de la "(...) *la tradición eterna [que] es tradición universal, cosmopolita. Es combatir contra ella, es querer destruir la humanidad en nosotros, es ir a la muerte, empeñarnos en distinguirnos de los demás, en evitar o retardar nuestra absorción en el espíritu general europeo moderno. Es menester que pueda decirse que <<verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno>> (...)*" (Unamuno, 1895/1996; p. 69). Con ello diseñaba una variante identitaria supranacional en la que la muerte de Alonso Quijano suponía apoyar la disolución de la identidad española en el conjunto de la regeneración europea o, incluso, en lo común humano. Almirall (1889/1983), por su parte, apunta a una redefinición identitaria circunscrita al escenario intranacional. En éste, el hidalgo ejemplificaba especialmente el carácter del centro meridional de la península; es decir, del castellano andaluzado que se conjugaba en el castellano nuevo. Tal perfil estaba ya muy alejado de la psicología del norte peninsular o, incluso, de Castilla la Vieja. En particular, el tipo quijotesco, como también el de Don Juan o Fígaro, se oponía diametralmente al carácter catalán, el mismo que Almirall asociaba al pobre avaro de Dante en la *Divina Comedia*. Consecuentemente, en la propuesta identitaria del autor catalán se reivindicaba una alternativa descentralizadora en la que el resto de las psicologías regionales, y particularmente la catalana, concuerdan a título de igualdad con la castellana.

En definitiva, puede establecerse que en el seno de la lectura psicológica del quijotismo convivía un programa conservador, orientado a preservar una marca de autenticidad y peculiaridad identitaria, y, al tiempo, una agenda renovadora, que exigía revisar los lastres arrastrados por el pueblo desde el pasado.

(2) Traslucida en la fantasía y la imaginación quijotesca, la bondad del arte popular había sido uno de los argumentos más poderosos del regeneracionismo para erigir al pueblo llano en custodio de la esencia nacional. Hay en ello un interés estratégico orientado a destilar las virtudes psicológicas del genio nacional de la corrupción e inmoralidad de las élites oligárquicas. Estas últimas se conectaban con la política oficial y los partidos de la Restauración para destilar, precisamente, la quintaesencia del casticismo quijotista o sanchopancino. Macías Picavea era rotundo a ese respecto al comentar cómo: "*La anatomía, fisiología y patología de esos partidos [los de la Restauración] (...) se halla toda entera en sus asendereados programas, pura ideología retórica (...); en su conducta alternativamente quijotesca, en la oposición, o pancesca, en el poder, nunca experimental, positiva o útil (...); en su eterna ignorancia, en fin, y aislamiento de la gran masa nacional, la masa neutra, según se habla en su repugnante jerga, cerrado y estéril egoísmo, que tanto les asimila a las propias instituciones a quienes sirven*" (Macías Picavea, 1899/1992; p. 170). La Restauración canovista

actualizaba, los peores rasgos de la perniciosa herencia "austracista"⁶; una cuestión denunciada por Almirall desde los orígenes del género y certificada sólo unos pocos años más tarde por Macías Picavea.

Sin embargo, las excelentes dotes imaginativas y estéticas de la *gran masa nacional* no implicaba reconocer que ésta estuviera capacitada para reconocerse y dirigirse a sí misma. En concreto, Mallada se lamentaba de que "*Mucha hambre debió correr y seguirá corriendo en España para tantos primores y agudezas de ingenio; y enhorabuena hayan venido y sigan viniendo; si no para resolver grandes problemas, al menos para entretenernos el hambre. Si a fuerza de canciones y de cuentos hemos de olvidar nuestras penas, ahogar nuestras miserias y ahuyentar nuestros temores, que no desaparezca entre nosotros la lira, o cuando menos la guitarra*" (Mallada, 1890/1994; p. 39). Una opinión muy semejante expresaba Almirall (1889/1983) cuando ligaba el buen estado de las bellas artes en España a la norma general según la cual, cuando un pueblo estaba inmerso en un proceso degenerativo, lo que mejor conservaba era la imaginación. El quijotismo, por tanto, toma cuerpo en el ensueño abúlico de un pueblo anclado en la nostalgia de un pasado aventurero, beligerante y glorioso; todo ello, enmarcado en los desajustes psicociológicos —bien detectados desde posiciones políticas muy diferentes por Isern (1900) y Maeztu (1899/1997)— derivados de la transformación de una sociedad tradicional, costumbrista y agrícola en otra moderna, proletaria e industrial.

Habida cuenta de la corrupción y degeneración moral de las clases directivas y la ignorancia e ineducación del pueblo español para encarar su situación de desamparo, las clases medias productoras e intelectuales, las representadas por el propio regeneracionismo, parecían convertirse en la única respuesta sensata al "Problema de España". El protagonismo de estas clases medias es, de hecho, el mensaje final de la "revolución desde arriba" reclamada por Costa. En el esquema, las masas populares sólo conservaban un protagonismo pasivo y desprovisto de cualquier posibilidad para tomar las riendas de su propio destino a medio plazo. La cuestión no debe de extrañarnos si nos percatamos que hasta sus romances, poesías, proverbios, refranes y canciones populares, exaltadas por el regeneracionismo como epítomes de la psicología

⁶ En este punto se detecta un desfase hermenéutico muy significativo entre el regeneracionismo y las psicologías de los pueblos decimonónicas. En el seno de éstas últimas, Lazarus y Steinthal (1860), Le Bon (1895/1912), Ribot (1896/1924) o el propio Wundt (1926) habían considerado la arquitectura como un arte estrechamente ligado a la génesis de un espíritu nacional específico. En contraste, Almirall (1889/1983) relacionaba la mole sombría, abrumadora y persistente del monasterio de El Escorial con los oficios con los que Felipe II había inaugurado una decadencia nacional que alcanzaba la actualidad.

nacional, terminaban siendo desplazadas en la tarea hermenéutica por las obras literarias de los grandes genios nacionales. Y así Ganivet podía afirmar: *"No existe en el arte español nada que sobrepuse al Quijote, y el Quijote no sólo ha sido creado a la manera española, sino que es nuestra obra típica, <<la obra>> por antonomasia, porque Cervantes no se contentó con ser <<independiente>>: fue un conquistador, fue el más grande de todos los conquistadores, porque mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó a España misma, encerrado en una prisión"* (Ganivet, 1897/1996; p. 85).

¿Son molinos o gigantes?: psicología disciplinada y cultura psicológica

El Quijote fue, sin duda, una estación de tránsito inevitable para la caracterización etnopsicológica enfrentada por los regeneracionistas en relación con el "Problema de España" a finales de siglo. Su uso como modelo se dobló en dos imágenes alternativas del carácter y el periplo español correspondientes a las virtudes auténticas y los vicios accidentales del alma nacional⁷. En cualquier caso, a diferencia del antagonismo propuesto por Costa (1901/1981) entre el Cid histórico, industrial y emprendedor y el Cid literario, pendenciero y tradicionalista, la figura del Quijote no permitía decantar claramente dos perfiles psicológicos opuestos. Y, como bien había intuido Costa, éstos eran fundamentales para construir un imaginario o, con mayor precisión, una memoria colectiva receptiva a los nuevos tiempos. Muy al contrario, a los regeneracionistas sólo les cabía la posibilidad de evaluar positiva o negativamente el controvertido idealismo del Quijote en función del tema concreto abordado; y, aún así, cuando la valoración era positiva sólo afectaba a la continuidad y autenticidad identitaria, sin referencia alguna a las demandas del progreso y la modernidad. Perfiles identitarios alternativos en este último sentido habría que buscarlos en el Alonso Quijano descrito por Unamuno; pero ya no se trata del propio Quijote y, además, su lúcida agonía era un símbolo demasiado idealista, cuando no inquietante, de la redención nacional. Mientras, la simpleza materialista y el sentido común de Sancho no podían ir más allá de ser meros complementos del Quijote. Ni en los planteamientos más optimistas para con el escudero⁸, esas cualidades podían ostentar por sí sola el "prestigioso honor" de representar el alma nacional.

⁷ Y no siempre con predominio de estos últimos, como quiere ver Morón (1998).

⁸ Unamuno fue uno de los autores más interesados en ofrecer un papel positivo, aunque sólo subsidiario, al escudero. *"Si Sancho volviera a ser escudero, mejor aún que escudero de Don Quijote, criado de Alonso el Bueno, ¡cuánto no podría hacer con su sano sentido común!"* (Unamuno, 1895/1996; p. 157).

Sin duda, estas ambivalencias –entre lo idealista y lo materialista, entre lo voluntarista y lo fantasioso, etc.– configuraron un calidoscopio de exégesis etnopsicológicas que se proyectaron ampliamente en la construcción de la identidad española en el nuevo siglo. Más aún, en ellas se revela a la perfección cómo, desde los primeros momentos de su propia gestación discursiva, la psicología desborda las fronteras teóricas y prácticas sancionadas oficialmente; es decir, las legitimadas desde las instituciones que ostentan la categoría de valedoras y administradoras de la disciplina, disponen las vías de incorporación y profesionalización de los legos y establecen las condiciones del diálogo entre los iniciados y especialistas (véase a este respecto Berger y Luckman, 1998). La imagen oficial del discurso psicológico se diluye de hecho en zonas fronterizas con el resto de la cultura, lo que nos invita, como propone Florentino Blanco (2002), a dirigir el foco de la atención al proceso socio-histórico por el que discurso psicológico y sus categorías se han ido haciendo y, cabría añadir, des-haciendo, culturalmente relevantes. Ello, sin duda, supone ir más allá del supuesto desarrollo y camino de progreso interno de la disciplina y atender al diálogo que la psicología administrada u oficial mantiene necesariamente con otros contextos de sentido y actividad socio-cultural (políticos, disciplinares, artísticos, laborales, etc.); zonas de permeabilidad discursiva en las que se negocian, pelean, dibujan y desdibujan las antropologías psicológicas y, con ellas, teorías alternativas del sujeto.

Así, de forma ejemplar, la cuestión del quijotismo en los textos regeneracionistas revela un territorio discursivo presidido por esa idea de cultura psicológica; un lugar de encuentro privilegiado entre el arte, el proyecto de construcción nacional y el propio discurso psicológico. En ese juego a tres bandas, los pensadores finiseculares revolucionaron los métodos de interpretación identitaria empleados hasta el momento, asentaron la gran obra cervantina como ámbito ejemplar de exploración del ser nacional y, por último, consolidaron la cerrada conexión entre el “Problema de España” y el carácter o la mentalidad de los españoles. Sin duda, la retórica mórbida y el presentismo histórico con la que el regeneracionismo había encarado estas cuestiones prefiguraron el tratamiento psicopatológico y psichistórico que el quijotismo recibió por parte de ensayistas, críticos literarios o psiquiatras durante el medio siglo siguiente. En cualquier caso, con ellas también se transmitieron todas las ambivalencias etnopsicológicas apuntadas más arriba; ambigüedades que sin duda transportaban en germen desencuentros teóricos – oscilantes entre el positivismo y el idealismo– e ideológicos –fluctuantes entre el polo liberal y el conservador– que los regeneracionistas nunca se preocuparon de resolver. A nadie escapa que, a medio plazo, tales ambigüedades psicológicas terminarían participando de la fundamentación de las “Dos Españas”. Así las cosas, el Quijote, como también el Cid de Costa, fue el uno

de los muchos territorios semióticos en que se abordó la compleja construcción de la comunidad imaginada por la vía de la psicologización de la identidad nacional. A partir de los años 30, primero con la República y luego con el franquismo, los elementos más academicistas e ingenuos de esa empresa fueron transfigurándose poco a poco e incardinándose estratégicamente en el proceso de implantación efectiva de una cultura oficial en la sociedad española. Significativamente, este último paso ya corrió paralelo a la disolución de los argumentos de las psicologías de los pueblos y el auge pesimista de las psicologías de las masas, por un lado, y el asistencialista de las aplicadas, por otro.

Referencias

- Almirall, V. (1889/1983) *España tal como es*. Barcelona: Anthropos.
- Altamira, R. (1902/1997) *Psicología del pueblo español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Anderson, B. (1983) *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. New York: Verso.
- Berger, P.L.; Luckman, T. (1998) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blanco, F. (2002) *El cultivo de la mente: un ensayo teórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid: Antonio Machado.
- Bruner, J. (1998) *Actos de Significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Comellas, J.L. (2002) *Del 98 a la semana trágica. Crisis de conciencia y renovación política*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Costa, J. (1901/1981) Crisis política de España. En *Reconstitución y europeización de España y otros escritos*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Danziger, K. (1990) *Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Elias, N. (1993) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1999) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.
- Fouillée, A. (1902/1943) *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*. Buenos Aires: Americalee.
- Fox, I. (1997) *La invención de España*. Madrid: Cátedra.
- Ganivet, A. (1897/1996) *Idearium Español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Guyau, J.M. (1906) *L'Art du point de vue sociologique*, Paris: Félix Alcan.
- Hobsbawn, E. (2002) Introducción: la invención de la tradición. En E. Hobsbawn y T. Ranger (eds.) *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Iriarte, M. (1948) *El doctor Huarte de San Juan y su examen de Ingenios*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Isern, D. (1899) *Del desastre nacional y sus causas*. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minerva de los Ríos.

- Jahoda, G. (1995) *Encrucijadas entre la cultura y la mente. Continuidades y cambio en las teorías de la naturaleza humana*. Madrid: Visor.
- Lazarus, M.; Steinthal, H. (1860) Einleitende Gedanke über Völkerpsychologie als Einladung zu einer Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft. *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, 1, 1-72.
- Le Bon, G. (1895/1912) *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*. Madrid: Jorro.
- Macías Picavea, R. (1899/1992) *El problema nacional*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Maeztu, R. (1899/1997) *Hacia otra España*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Malapert, P. (1908) *El carácter*. Madrid: Jorro.
- Mallada, L. (1890/1994) *Los Males de la Patria y la futura revolución española*. Madrid: Alianza Editorial.
- Morón, C. (1998) *El "Alma de España". Cien años de inseguridad*. Madrid: Ediciones Nobel.
- Morote, L. (1900) *La moral de la derrota*. Madrid: Imprenta G. Juste.
- Núñez, D. (1987) *La mentalidad positiva en España*. Madrid: UAM ediciones.
- Onaindia, M. (2002) *La construcción de la nación española*. Barcelona: Ediciones B.
- Ribot, T. (1896/1924) *La psicología de los sentimientos*. Madrid: Jorro.
- Salillas, R. (1896) *El delincuente español. El lenguaje*. Madrid: Imp. G. Juste.
- Salillas, R. (1898) *El delincuente español. Hampa (Antropología picaresca)*. Madrid: Imp. G. Juste.
- Sarbin, G. (1986) *Narrative Psychology: the Storied Nature of Human Conduct*. New York: Praeger.
- Schafer, R. (1981) Narration in the Psychoanalytic Dialogue. En W.J.T. Mitchell (ed.) *On Narrative*. Chicago: University of Chicago Press.
- Spence, D. (1984) *Narrative Truth and Historical Truth: Meaning and Interpretación in Psychoanalysis*. New York: Norton.
- Taine, H. (1863/1964) *Introducción a la historia de la literatura inglesa*. Madrid: Aguilar.
- Taine, H. (1865-69/1922) *Filosofía del arte. Del ideal en el arte*. T.IV; Madrid: Calpe
- Unamuno, M. (1895/1996) *En torno al casticismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Varela, J. (1999) *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Madrid. Taurus.
- Wulff, F. (2003) *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-X)*. Barcelona: Crítica.
- Wundt, W. (1900-1920) *Völkerpsychologie*. Leipzig: Engelmann.
- Wundt, W. (1926) *Elementos de psicología de los pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad*. Madrid: Jorro.